

SAN GREGORIO Y LA CONTEMPLACIÓN¹

San Gregorio, nacido en 540 de una familia romana patricia y cristiana, fue prefecto de Roma, es decir, el más alto magistrado de la Ciudad, en 570. Algunos años más tarde, abandonaba el mundo para llevar la vida monástica en el *Caelius*, en su casa paterna transformada en un monasterio dedicado a san Andrés. Al cabo de cinco años su ordenación como diácono y su envío como Nuncio a Constantinopla, lo arrancaron de su monasterio, al que volvería algunos años más tarde. Finalmente, en 590, abandonó definitivamente su soledad, con el corazón destrozado, al ser elegido para el soberano pontificado. Murió en 604. Su vida transcurrió durante un período histórico sombrío: guerra contra los ostrogodos, luego los lombardos, hambre, epidemias. Incluso en el plano político tuvo un papel de primera línea en todo el Occidente, lo cual no le impidió seguir siendo un verdadero contemplativo.

San Gregorio no fue literalmente un “benedictino”; esa palabra no existía entonces. Pero las páginas que dedicó a san Benito muestran hasta qué punto estaba impregnado de su espíritu. Por otra parte, su *Liber regulae pastoralis* o *Pastoral*, adapta los grandes principios de la Regla de san Benito para los pastores. Por lo tanto no es falso considerar a san Gregorio como un hijo de san Benito, y uno de los más grandes. Los monjes, ya sean benedictinos o cistercienses, lo consideraron siempre como su maestro. En efecto, el principal tema de su doctrina espiritual es el de la contemplación. Las palabras de la Escritura (Ezequiel y sobre todo Job), cualquiera sea su sentido literal, lo llevan siempre a este tema. Cuando trata de “la vida contemplativa”, no encara un estado de vida —el de los monjes— consagrado sobre todo a la contemplación, sino un elemento principal de toda vida cristiana, el de la contemplación, que debe equilibrarse con la ascesis, la actividad virtuosa, en resumen, todo ese conjunto denominado por él “la vida activa”.

Esta ascesis, esfuerzo de purificación, es una de las condiciones de la contemplación, junto con la compunción, conciencia íntima, vívida, de la miseria del hombre y de su necesidad de Dios. La compunción hace correr las lágrimas pero ahonda el deseo de Dios, tercera condición de la contemplación.

En cuanto a la contemplación, ella misma es una visión de Dios en la fe y el deseo; consiste en mirar los misterios de Dios, con la mediación de Cristo.

Gregorio insiste en la mutua influencia de la vida activa y la vida contemplativa. Esta nunca puede durar mucho tiempo: el alma que se acerca a la luz de Dios se ve rechazada por el resplandor demasiado fuerte y vuelve a caer sobre ella misma. Entonces se vuelve a sus hermanos para servirlos con mayor caridad que antes. En ese servicio, su fervor aumenta y nuevamente vuelve a la contemplación.

Los textos siguientes fueron extraídos de los *Morales* sobre Job y de las *Homilias* sobre Ezequiel.

El primero de estos textos muestra la dificultad de la contemplación para el hombre caído

Este es el fin para el cual ha sido creado el hombre: elevarse con un alma constante hasta la ciudadela de la contemplación y no dejarse distraer del amor de su Creador por ninguna corrupción. Pero,

¹ De: *Si vere Deum quaerit*, N° 58, 1980. Tradujo: Hna. Ma. Isabel Guiroy, osb. Monasterio Gozo de María, Córdoba, Argentina.

abandonando esa firme constancia que poseía de nacimiento², para dirigir voluntariamente sus pasos al pecado, cayó enseguida en sí mismo, separado de la dilección de su Creador. Al abandonar el amor de Dios, verdadera ciudadela de estabilidad, no pudo fijarse en sí mismo tampoco porque, bajo el impulso de su peligrosa inconstancia, el libertinaje lo precipitó por debajo de su nivel y así se puso en desacuerdo consigo mismo. Oscila según un deseo que continuamente cambia; cuando descansa, tiene deseos de actuar; cuando está ocupado aspira a la tranquilidad. En efecto, el alma, al no haber querido perseverar en la estabilidad cuando podía, es incapaz de ello incluso cuando quiere (Job 8,19).

Bajo el soplo del Espíritu podemos caminar hacia las realidades superiores siguiendo las “huellas” de Dios. El alma entonces desprecia lo transitorio y se inflama en deseos de lo alto

Ella se esfuerza por mirar el resplandor de la luz ilimitada pero no puede. El alma abrumada por su enfermedad, no puede de ninguna manera penetrar en ese resplandor. Ella se siente rechazada y sin embargo lo ama. Porque el Creador ya manifiesta de Él lo que puede hacerlo amar pero se sustrae a la clara vista de aquellos que lo aman. Por tanto, nosotros caminamos viendo sus huellas, lo seguimos por la manifestación de sus dones, pero sin verlo todavía. Y esas mismas huellas no pueden ser completamente captadas porque no se sabe ni de dónde, ni a qué lugar, ni de qué manera vienen los dones de su Espíritu. Lo atestigua la Verdad que dice: “El Espíritu sopla donde quiere y tú escuchas su voz, y tú no sabes ni de dónde viene ni a dónde va” (Job 10,13).

San Gregorio muestra las exigencias de la contemplación y su relación con la actividad caritativa

Los que intentan llegar hasta la cumbre de la perfección y desean ocupar la ciudadela de la contemplación, deben entrenarse en primer lugar, ejercitándose en el campo de la acción; que se preocupen de saber si ya no hacen sufrir más a su prójimo; si soportan con ánimo parejo lo que los demás les hacen sufrir; si jamás la alegría ablanda su alma cuando les ofrecen bienes temporales; y, cuando estos desaparecen, si no les aflige una tristeza demasiado grande... Que examinen si en su deseo de ver la luz sin límites, rechazan las imágenes de su mundo limitado; y si en su apetito de alcanzar lo que los supera, dominan lo que son...

La caridad que nos inclina hasta el corazón de la compasión, nos eleva más arriba en la montaña de la contemplación; el justo, enriquecido, de ahora en más tiene grandes deseos y aspira a llegar a la vida del espíritu, aunque sea a través de los tormentos del cuerpo. Aquello que no quería tocar, he aquí que ahora, en la sequedad, se convierte en su alimento; y, dada la dificultad de alcanzar el objeto de sus deseos, ha llegado, por amor a la patria celeste, a amar las penas que hasta ese momento había temido. En efecto, cuando el alma está tendida hacia Dios con todas sus fuerzas, cualquier cosa amarga que le suceda en esta vida le parece dulzura y todo lo que la aflige lo considera descanso. Incluso desea pasar por la muerte, para obtener la vida con mayor plenitud. Tiene sed de anonadarse completamente, a fin de escalar más realmente las cumbres (Job 6,59; 7,18).

La contemplación sólo es posible en la libertad que procura el desprendimiento para aferrarse a los únicos bienes verdaderos

No tener ningún deseo terrestre implica una gran tranquilidad de corazón. Porque para aquel que suspira por las posesiones terrenas, la seguridad y la tranquilidad son absolutamente imposibles: o bien codicia lo que no posee, o bien tiene miedo de perder lo que ha adquirido; y mientras que en la adversidad espera la prosperidad, se ve sacudido de mil maneras, como por las olas en todos los sentidos, por el movimiento de las cosas que cambian. Pero si, de una buena vez el espíritu no es más atormentado por las perturbaciones temporales. Alejado se fija sólidamente su estabilidad en el hambre de la patria de lo alto, ya toda agitación exterior, busca ese parejo recogimiento del espíritu,

² Es decir por su naturaleza original, antes del pecado.

como una especie de escondite muy secreto, y allí, adhiriéndose al inmutable que trasciende todo cambio, por la misma tranquilidad de su descanso en medio del mundo, ya está fuera del mundo.

Con toda seguridad trasciende las realidades inferiores adhiriéndose a las superiores, y por una cierta libertad, tiene la impresión de dominar todas las cosas que no codicia. De este modo, sediento de la eternidad siempre presente delante de sus ojos, deja debajo de él todo lo que sucede (Job 22,35). Si el corazón se fija de una buena vez en las regiones celestiales, en seguida se distingue la bajeza de lo que parecía tan alto. En efecto, el que escala una montaña, poco a poco mira desde lo alto todo lo que queda abajo, a medida que prosigue su marcha hacia las cumbres; de igual modo el que se esfuerza por fijar su atención en lo alto, reconoce precisamente en su esfuerzo que la vida presente no tiene gloria alguna y, al mismo tiempo se ve elevado sobre las alturas de la tierra; y lo que creyó que estaba por encima de él, de entre los deseos de aquí abajo, al proseguir su ascensión se da cuenta de que está por debajo de él (Job 31,96).

He aquí el porqué el hombre de santa vida, despreciando las realidades de la tierra, se aferra a las cumbres, como el águila y elevado por el soplo de la contemplación, aspira a la gloria eterna de los ángeles (*id.* 98).

El resplandor angélico es totalmente inaccesible para el corazón de los pecadores, porque habiendo sucumbido a la seducción de las bellezas corporales, en esa medida han cerrado los ojos al esplendor eterno.

Pero cualquiera que sea arrebatado por la contemplación; hasta el punto de alzarse, elevado por la gracia divina hasta el centro de los coros angélicos y, fijado en las alturas, de suspender toda actividad inferior, a ese no le basta mirar la gloriosa claridad de los ángeles si no puede ver también a aquel que está por encima de los ángeles. En efecto, sólo esa vista es la verdadera refección de nuestra alma (Job 31,99).

Los santos, al elevarse a una alta contemplación sin llegar, sin embargo a ver a Dios tal cual es, tienden vigorosamente su mirada pero no ven todavía de cerca a aquel cuya inmensa claridad permanece totalmente impenetrable para ellos. Es que la sombría nube de nuestro estado corruptible nos sumerge en la oscuridad, separándonos de la luz incorruptible. Y el hecho de que se la pueda ver hasta cierto punto, sin que sea posible, no obstante, verla en sí misma tal cual es, demuestra hasta qué punto está alejada. Si el alma no la discerniera, no vería tampoco que ella se encuentra muy lejos; pero si ella la discerniera ya perfectamente, de repente no la vería más como a través de una nube (Job 31,101).

Ahora consideramos la compunción y la contemplación juntas

Con frecuencia sucede que el que está más arrebatado en la contemplación es tanto más probado en la tentación. Esto es también lo que les sucede a los que hacen progresos importantes: su alma es tocada por la compunción, arrebatada por encima de sí misma por la contemplación; y luego inmediatamente viene la tentación, para que el objeto de su éxtasis no sea para ella sujeto de elevación. Compunción y contemplación la hacen elevarse hacia Dios, pero el peso de la tentación le hace caer sobre sí misma... De este modo, por una admirable disposición, el alma está de alguna manera equilibrada para que no se enorgullezca del bien ni caiga en el mal (*Ez* 2,1,3).

La compunción afecta más íntimamente al alma perfecta; le hace apartar todas las imágenes corporales que se interponen con insolencia, y trata de fijar la mirada del corazón en el mismo rayo de la luz infinita. A causa de la debilidad del cuerpo, el alma atrae en su interior esas representaciones corporales pero, cuando deviene perfecta en la compunción, vigila con gran cuidado para que en su búsqueda de la verdad, la representación imaginativa de un objeto infinito no la engañe y pueda rechazar todas las imágenes que se le presenten. Habiendo caído, a causa de ellas a un nivel inferior, se esfuerza por alcanzar, sin ellas, un nivel superior. Y luego de haberse dispersado sin reserva en lo

múltiple, se aplica a recogerse en la unidad, de manera de contemplas –si lo consigue con la poderosa fuerza del amor– al Ser uno e incorporal (Job 33,42).

Hay una compunción que provoca la tristeza y hace llorar y hay una compunción que hace derramar lágrimas de alegría

Una es la compunción que se siente cuando, hurgando el interior, nos sentimos horrorizados ante nuestros males, y otra es la compunción que experimentamos cuando, al mirar hacia las alegrías de lo alto, nos encontramos fortificados por una especie de esperanza y de seguridad. La primera compunción provoca el llanto de una penetrante tristeza, pero la segunda, llanto de alegría.

Y se habla de “jubilación” cuando el alma concibe una alegría inefable, imposible tanto de esconder como de descubrir por medio de palabras, que se manifiesta por ciertos movimientos pero que ningún término propio expresa completamente. Por eso la palabra del profeta David al ver las almas de los elegidos que concebían espiritualmente una alegría tan grande que el lenguaje no puede expresarla: “Feliz el pueblo que conoce la jubilación”...

El alma que constata su ceguera, debe pasar en primer lugar por el fuego de la prueba: toda la herrumbre de los vicios será consumida por él; entonces, ante los ojos purificados del corazón, se abrirá la alegría de la patria celestial; si comenzamos por lavar con nuestras lágrimas nuestros delitos, luego contemplaremos más claramente en la alegría, al objeto de nuestra búsqueda. En primer lugar, la prueba limpia la mirada del alma, quemando la nube de malicia que actuaba como pantalla, y entonces se produce la iluminación por el repentino brillo resplandeciente de la luz infinita. El alma la mira un poco, se encuentra absorbida en la alegría de una cierta seguridad y, arrebatada por encima de sí misma, como luego de la salida de esta vida, siente, de alguna manera que ha sido rehecha como una nueva creatura (Job 24,10,11).

He aquí un tema querido para san Gregorio: el alma es elevada muy alto en la contemplación y de repente es golpeada y rechazada, a consecuencia de su debilidad y de la luz demasiado grande de Dios y vuelve a caer sobre sí misma

El alma trata de permanecer adherida a la dulzura de la que por un instante ha gozado, pero su debilidad la rechaza lejos de esta fuerza; al no poder entonces contemplar su pureza, le queda la dulzura de llorar y, al mismo tiempo que recae sobre sí misma, de derramar las lágrimas de su miseria. Porque el alma no puede fijar los ojos del espíritu en lo que ha entrevisto como un relámpago en su interior: la misma necesidad de su deterioro la obliga a descender. Sin embargo se sofoca, se enfebrece, se esfuerza por superarse pero, vencida por la fatiga, vuelve a caer en sus tinieblas familiares (Job 23,45).

En el alma recreada por el resplandor de la luz infinita, se expande el rocío de lo alto, que mana de una fuente sin fondo y ella se da cuenta de que no está a la altura de su éxtasis; al percibir la verdad, ella ve bien que no ve hasta dónde se extiende esa verdad. Y le parece que está más alejada cuanto más se acerca, porque si no la hubiera percibido más o menos, no comprendería en absoluto que es incapaz de percibirla.

Pero el alma tendida hacia esa verdad, en su esfuerzo, se ve rechazada por el inmenso resplandor que la rodea por todas partes. Esta verdad lo llena todo, pero también rodea todo, y a partir de ese momento nuestro espíritu es absolutamente incapaz de abrazar esa extensión sin límites; él la restringe por la estrechez de su envergadura. Por eso el alma vuelve a caer bien pronto sobre sí misma y, luego de haber visto de lejos como huellas de la verdad, vuelve a su bajeza. (Job 24,11,12).

El deseo de Dios es lo que impulsa a buscar la contemplación

La compunción, lengua invisible, habla silenciosamente a los hombres que buscan a Dios. Para ellos, el canto celeste no duerme porque su espíritu conoce la suavidad de la alabanza de lo alto y tiende, para percibirla, la oreja del amor. En efecto, interiormente oyen lo que codician, el deseo de Dios les descubre los bienes celestes que serán su recompensa. Soportan penosamente la vida presente, ya sea contraria o propicia. Todo lo que se ve les pesa, desde el momento que los separa de lo que oyen en el interior de ellos mismos. Consideran una carga todo lo que se les presenta, porque no es a eso a lo que aspiran. Su alma, cansada de los trabajos de este mundo, se eleva sin cesar para rehacerse hasta esa alegría celeste, mientras que el canto del cielo irrumpe en ellos por la oreja del corazón y les hace desear cada día la compañía de los ciudadanos de lo alto. Ese canto de alabanza celeste había irrumpido en la oreja de aquel que decía: “Voy a la tienda admirable, hasta la casa de Dios, entre gritos de regocijo y de alabanza y la multitud jubilosa” (Job 30,20).

Es necesaria una gran pureza de vida para experimentar, gustar la luz de Dios

El alma del justo ve el rostro de Dios en el júbilo porque gusta la alegría interior tanto como le es posible, por lo menos una vez que ha sido elevada hasta allí. Por lo tanto allí ella, viviente, ve la luz porque fija la mirada espiritual en los rayos del sol eterno. Allí ella, viviente, ve la luz porque habiendo de ahora en más pisoteado toda vicisitud y sombra de cambio, adhiere a la verdad de la eternidad; al adherirse a aquel que ve, se eleva a la semejanza de la inmutabilidad y fijando sus miradas en la Belleza inmutable de su Autor, se reviste de ella. Ella, que había caído por su propia culpa en el cambio, al mirar al Inmutable, es modelada según ese estado de inmutabilidad...

Aquellos que, despreciando la luz temporal, corren hacia el esplendor de la claridad interior, están iluminados por la luz de los vivientes, a fin de vivir allí donde ven, experimentándola, la verdadera luz, allí donde la luz no es una cosa y la vida otra sino donde la luz nos envuelve de tal modo en el exterior que nos llena el interior y nos llena interiormente de tal forma que nos envuelve exteriormente sin quedar limitada. Están por lo tanto iluminados por esa luz de los vivientes y la miran con tanta atención cuanto que tienden a ella con una mayor pureza de vida (Job 24,34-35).

Después de haber tratado de expresar lo que es el reposo en Dios y cómo nuestro reposo en Dios se asemeja al reposo del mismo Dios y también es diferente, Gregorio concluye:

A fin de ser felices y eternos por toda la eternidad, imitemos al Eterno. Y para nosotros es grande la eternidad, la imitación de la eternidad. Nosotros no somos extraños para aquel a quien podemos imitar, porque al verlo, tenemos parte con el y teniendo parte con el, lo imitamos. A decir verdad, desde ahora está esbozada la visión en la fe, pero allá arriba se completará en la evidencia, cuando bebamos en su misma fuente la sabiduría coeterna de Dios (Job 18,93).

Ozon - Francia